

**Fischer, María Raquel**

*Espíritu y creatividad en H. Mandrioni*

V Jornadas Diálogos: Literatura, Estética y Teología, 2013  
Facultad de Filosofía y Letras - UCA

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Fischer, María Raquel. "Espíritu y creatividad en H. Mandrioni" [en línea]. Jornadas Diálogos : Literatura, Estética y Teología. La libertad del Espíritu, V, 17-19 septiembre 2013. Universidad Católica Argentina. Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires. Disponible en:  
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/ponencias/espiritu-creatividad-mandrioni-fischer.pdf> [Fecha de consulta: ....]

“Espíritu y Creatividad en H. Mandrioni”

Dra María Raquel Fischer

Septiembre de 2013

Quisiera que este texto fuera un homenaje agradecido a Mandrioni. A escasos años de su partida, aún se hace difícil “objetivar” su figura de pensador y escribir sobre el tema requerido sin que se mezclen otros aspectos de quien fuera nuestro querido amigo y maestro. Su vocación por el arte, la historia, la política, tienen la belleza de esa universalidad que tanto gustaba a Mandrioni.

Así fue como surgió la idea de recordar sus tesis fundamentales sobre lo que él pensaba acerca de la creatividad teniendo en cuenta los cuadros y las pinturas que lo acompañaban en su inmensa biblioteca; a igual que esos paisajes otoñales que se reflejaban en la ventana de su casa de la calle Castillo, y que llamaban a silenciar el pensamiento para entrar en el misterio del tiempo, de la vida, de la existencia, de Dios.

Por eso encarar el tema propuesto desde esta perspectiva no fue tarea fácil. Pero a pesar de todo, y seguramente con su ayuda, algunas reflexiones han sido posibles.

En primer lugar había allí dos pequeños retratos, uno de Rimbaud, otro de Boudelaire, y un tercero que sobresalía especialmente, el Dante, tomado de un cuadro de Domenico di Michelino que se conserva aún en la Catedral de Florencia. En segundo lugar, dos pinturas enmarcaban su biblioteca: “Los pájaros” de Braque, y el “Camino de Middelharnis” de Meindert Hobbema (1689). Cargados de misterio, estos cuadros llevaban la mirada hacia un espacio de inmemorial escucha.

De este modo menos formal surgió la perspectiva que guían nuestras reflexiones. La pregunta fue entonces: ¿por qué estas obras acompañaron la vida filosófica de Mandrioni? ¿qué lenguaje, qué música, qué sonidos, despertaban esa memoria creativa que dormita en el corazón de cada uno de nosotros? Tal vez porque el libro y el misterio de la vida fueron sus principales preocupaciones. Su filosofía

estaba impregnadas de poética, pero en el umbral de un territorio del vacío donde se encuentran el místico, el pensador y el artista.

Tomemos en primer lugar la imagen del “Camino de Middelharnis”: en su juego de perspectivas recorre un tiempo sin límites. A pocos metros del inicio, otro camino lo corta, y a su vera, una casa rodeada de ordenadas plantaciones. Tal vez esta imagen recordaba a nuestro querido maestro, esos días que dejan raíces en el alma porque es el tiempo del “amor celebrado”.

En la intersección de ambos caminos una enigmática luz pareciera ser indulgente con el misterio de la libertad humana, aquella que inquieta al pensador y no lo exime de la experiencia del desamparo y de la angustia. Pero la linealidad, llama al tiempo de cada uno, y las huellas marcadas en la tierra inauguran su alianza con el mañana, de frágil pero indispensable existencia para mantener con esperanza el paso del caminante entre esta vida y el misterio de un más allá. Andar la tierra, dejarse mirar por un cielo nublado porque las noches nuevas están también hermanadas con la luz de la aurora.

Otros personajes acompañan en la ruta, son aquellos que apaciguan con su presencia el temor a las sombras y de algún modo nos acogen, porque no es poca la audacia que confiamos al largo caminar. Al final la imagen de una iglesia hace señales al caminante; porque si el andar tiene a veces la desdicha de un traje gris, su presencia guarda la esperanza para el inexorable futuro.

En segundo lugar, otra pintura también latía en la intención de sus libros. Se trata de “Los pájaros” de Braque, que constituyen parte de una serie de litografías que el autor pintara en los últimos años de su vida (entre 1955- 1963). Los pájaros anuncian al pensador “los caminos secretos del día”. Y como los ángeles han sido siempre una de las más bellas construcciones pictóricas que expresan la silenciosa inquietud del pensamiento. Pintados como en el caso de Braque, casi al final, llevan la mirada más allá de la obra de arte hacia la apacible pero infinita ternura sostenida en el camino de la esperanza. El misterio del vuelo está abierto a la fantasía y a la gratuidad, y con ellos tejemos el mundo de la ensoñación creadora. Porque cuando nuestro cálculo humano es impotente, el cielo tiende su mano bienhechora en el juego sin lógica de su vuelo. Suele citarse

una célebre reflexión de este pintor: “La obra de arte comienza con un problema y termina con una oración”.

Por eso, finalmente, no faltó en su biblioteca el retrato del Dante. En medio de un paisaje evocador de la “Divina Comedia”, el poeta sostiene en su mano el libro en el que se leen los tercetos iniciales: “A la mitad del camino de nuestra vida me encontré en una selva oscura...” Y para resolver este enigma, escribió uno de los más bellos poemas de todos los tiempos.

Mandrioni conservaba las obras completas del Dante de ediciones BAC, con “La divina comedia” en texto bilingüe. Allí están marcados en rojo los que fueron sus versos predilectos: por cierto el comienzo, y en especial el capítulo XIV y XXXIII del canto del Paraíso. Este poema constituía sin duda para nuestro querido maestro una ofrenda a la creatividad y al amor.

Ahora bien en su último libro titulado “Reflexiones filosóficas sobre el Espíritu Humano” reaparecen nuestras iniciales preguntas: ¿por qué fueron estas pinturas, las que contemplaba con tanto entusiasmo mientras escribía? ¿qué había de común entre su palabra filosófica y la obra artística? Pensamos que en cada uno de los siete puntos en donde desarrolla el tema “Espíritu y creatividad” encontramos al Mandrioni que hemos conocido: aproximarnos juntos al límite donde muy poco podemos decir del otro lado. El “Umbral del espíritu”, herido y lastimado por los acontecimientos históricos; espacio olvidado para la cultura de hoy. Pero también la necesidad de ser curado para que comience a vislumbrarse un porvenir digno del hombre, esa expresión tan querida por Mandrioni “una civilización del amor”.

Mandrioni fue el mismo un creador, por eso más allá del rigor de sus conceptualizaciones mantuvo siempre la movilidad que abre el pensar a la plasticidad de lo desconocido, sin perder en sus escritos filosóficos el aplomo y la estabilidad que desdibuja toda posible ficción.

Tal vez quería dejarnos a modo de testamento lo que amó toda su vida y tenía la convicción que el mundo del arte y su reflexión filosófica iban de la mano y debían ser entregadas, cuidadas, profundizadas en el misterio que sostenía a ambas. Porque la vida está en juego siempre y nos exige que la fortuna no se

dilapide, que la cultura siga ofreciendo al hombre cimientos de verdad que lo alimenten y le den fuerzas para seguir viviendo. Tal como él lo afirmaba, nuestro tiempo es indigente para asumir la tarea de cuidar del espíritu humano, de dar un giro a lo esencial, hacia aquello que solo se ve con los ojos del corazón. Tal vez por eso la obra de arte ayuda a despertar nuestras fuerzas para que la realidad del espíritu vuelva a contarse, narrarse y ocupe el lugar que le corresponde en la palabra humana.

De aquí en más tan sólo haré una breve referencia a lo que Mandrioni en el capítulo citado de su libro, llama una **Fenomenología del acto creador**. Allí el autor abre siete vías al pensar filosófico que son al mismo tiempo siete vías del espíritu y de su potencial creativo.

1.- En un primer punto pone en juego la doble naturaleza del espíritu humano. La creatividad supone una ontología que aclama el juego de un acercamiento entre estrechez y excedencia. Allí reverbera el mundo en el umbral del espíritu. El alma estética de un San Agustín inspiró a Mandrioni para expresar en clave filosófica esta doble ontología: *“el espíritu humano es demasiado estrecho para contenerse a sí mismo”*. Se vislumbra aquí un afuera, pero en el silencio que inunda el dentro del alma humana.

2.- En un segundo punto y siendo fiel al vocabulario fenomenológico, aparece la categoría de “horizonte”. Crear es horadar los límites. Abrir espacios. Y los grandes creadores son los que dicen su palabra en el momento oportuno en que un arco iris desnuda todo limitado horizonte. El mismo Mandrioni se pregunta que hubiera sido de un Dante si la luz no le hubiera entregado su secreto a la palabra, y así rescatado de la mera posibilidad de la noche.

3.- La apertura y el esplendor de la luz pautan un tercer momento en este recorrido. Sin duda el paisaje del espíritu ha sido conmovido: se sabe que puede traspasarse a sí mismo, que el desasimiento de la mirada le hacen posible contemplar el camino enmarcado por los árboles que comunican Cielo y tierra, que una perspectiva de lo infinito manifiesta la energía oculta que une a todos los seres de la creación. Crear es recorrer el sendero que se pierde a lo lejos, pero es al mismo tiempo descender a la raíz del ser donde se esconde la savia que da

sentido a la vida. En el “misterio figural” de la obra de arte –dice Mandrioni- está el misterio del pensador, del poeta, y del místico.

También en medio de sus noches, San Juan de la Cruz vivió en permanente alborada: “Oh llama de amor viva, / que tiernamente hieres / de mi alma en el más profundo centro!”. Sólo es posible cantar así cuando se vive en compañía de las estrellas, que hacen la noche “amable más que la alborada”.

4.- Apertura, luz y presencia son tres notas que retoma Mandrioni en el punto cuarto. Todo se torna presencia totalizada gracias al poder del espíritu de reunir, conservar, patentizar las cosas difusas en el espacio y distendidas en el curso del tiempo. Sin embargo hay la mediación de un algo-otro que entra en diálogo con el espíritu y reúne lo que está disperso. W. Benjamin lo definía como el “aura, la aparición irradiante de una lejanía”. “Sentir el aura de una cosa, es conferirle el poder de hacer levantar los ojos”. Como diría Benjamin: “una belleza surgida del fondo de los tiempos”. Un sentido, una realidad que llama más allá de la imagen. Aún para el hombre de hoy, moderno o postmoderno, le es posible percibir una inquietante extrañeza, una aparición alterante. Presencia-otra que molesta al discurso de especialistas. Y Mandrioni fue como pocos capaz de interpretarla.

5.- Ahora bien la materialidad pictórica inherente a la obra es probable que haya interrogado a nuestro autor para pensar en una reivindicación filosófica de la corporeidad, lo que él llama, en un quinto punto, su presencia dinámica y generadora entendida como ingrediente y soporte vital de las actividades brotadas del espíritu. “Figuras basales de la excelencia creadora” que como naturaleza, madre tierra, sensibilidad viviente del reino animal, entran en la obra de arte y llaman a un proceso de designificación en virtud del cual hace eclosión la dimensión creadora.

6.- En un sexto momento aparece la palabra “belleza”, la difícil aventura que encarna todo artista. En la inmensidad del universo, es la tentativa siempre renovada de perlar el infinito. Un alfabeto de gloria, liberada de tiempos geométricos, imbuída de un vértigo embriagador que transforma toda reflexión en ensueño y en música.

7.- Pero son siete los grados decisivos en esta ascensión y es el tiempo en que la belleza no alcanza para las verdaderas partidas. La espera en silencio vale más que las causas inexplicables. En el estrecho espacio prometido a la creatividad humana, tal vez sea el ojo del místico el único que vela detrás de esta cortina humedecida por las lágrimas de una humanidad que implora.

Recuerdo aquí las palabras de la poetiza Olga Orozco, que compartía también las tertulias en casa de Mandrioni, “al final solo queda la plegaria”. Sin embargo a igual que Kazantzakis al mirar de lejos el Monte Athos, tal vez Mandrioni nos recordaría el breve poema de despedida: “Dije al almendro: Hermano, háblame de Dios. Y el almendro floreció”.

“Espíritu y Creatividad en H. Mandrioni”

Dra María Raquel Fischer

Septiembre de 2013

Quisiera que este texto fuera un homenaje agradecido a Mandrioni. A escasos años de su partida, aún se hace difícil “objetivar” su figura de pensador y escribir sobre el tema requerido sin que se mezclen otros aspectos de quien fuera nuestro querido amigo y maestro. Su vocación por el arte, la historia, la política, tienen la belleza de esa universalidad que tanto gustaba a Mandrioni.

Así fue como surgió la idea de recordar sus tesis fundamentales sobre lo que él pensaba acerca de la creatividad teniendo en cuenta los cuadros y las pinturas que lo acompañaban en su inmensa biblioteca; a igual que esos paisajes otoñales que se reflejaban en la ventana de su casa de la calle Castillo, y que llamaban a silenciar el pensamiento para entrar en el misterio del tiempo, de la vida, de la existencia, de Dios.

Por eso encarar el tema propuesto desde esta perspectiva no fue tarea fácil. Pero a pesar de todo, y seguramente con su ayuda, algunas reflexiones han sido posibles.

En primer lugar había allí dos pequeños retratos, uno de Rimbaud, otro de Boudelaire, y un tercero que sobresalía especialmente, el Dante, tomado de un cuadro de Domenico di Michelino que se conserva aún en la Catedral de Florencia. En segundo lugar, dos pinturas enmarcaban su biblioteca: “Los pájaros” de Braque, y el “Camino de Middelharnis” de Meindert Hobbema (1689). Cargados de misterio, estos cuadros llevaban la mirada hacia un espacio de inmemorial escucha.

De este modo menos formal surgió la perspectiva que guían nuestras reflexiones. La pregunta fue entonces: ¿por qué estas obras acompañaron la vida filosófica de Mandrioni? ¿qué lenguaje, qué música, qué sonidos, despertaban esa memoria creativa que dormita en el corazón de cada uno de nosotros? Tal vez porque el libro y el misterio de la vida fueron sus principales preocupaciones. Su filosofía

estaba impregnadas de poética, pero en el umbral de un territorio del vacío donde se encuentran el místico, el pensador y el artista.

Tomemos en primer lugar la imagen del “Camino de Middelharnis”: en su juego de perspectivas recorre un tiempo sin límites. A pocos metros del inicio, otro camino lo corta, y a su vera, una casa rodeada de ordenadas plantaciones. Tal vez esta imagen recordaba a nuestro querido maestro, esos días que dejan raíces en el alma porque es el tiempo del “amor celebrado”.

En la intersección de ambos caminos una enigmática luz pareciera ser indulgente con el misterio de la libertad humana, aquella que inquieta al pensador y no lo exime de la experiencia del desamparo y de la angustia. Pero la linealidad, llama al tiempo de cada uno, y las huellas marcadas en la tierra inauguran su alianza con el mañana, de frágil pero indispensable existencia para mantener con esperanza el paso del caminante entre esta vida y el misterio de un más allá. Andar la tierra, dejarse mirar por un cielo nublado porque las noches nuevas están también hermanadas con la luz de la aurora.

Otros personajes acompañan en la ruta, son aquellos que apaciguan con su presencia el temor a las sombras y de algún modo nos acogen, porque no es poca la audacia que confiamos al largo caminar. Al final la imagen de una iglesia hace señales al caminante; porque si el andar tiene a veces la desdicha de un traje gris, su presencia guarda la esperanza para el inexorable futuro.

En segundo lugar, otra pintura también latía en la intención de sus libros. Se trata de “Los pájaros” de Braque, que constituyen parte de una serie de litografías que el autor pintara en los últimos años de su vida (entre 1955- 1963). Los pájaros anuncian al pensador “los caminos secretos del día”. Y como los ángeles han sido siempre una de las más bellas construcciones pictóricas que expresan la silenciosa inquietud del pensamiento. Pintados como en el caso de Braque, casi al final, llevan la mirada más allá de la obra de arte hacia la apacible pero infinita ternura sostenida en el camino de la esperanza. El misterio del vuelo está abierto a la fantasía y a la gratuidad, y con ellos tejemos el mundo de la ensoñación creadora. Porque cuando nuestro cálculo humano es impotente, el cielo tiende su mano bienhechora en el juego sin lógica de su vuelo. Suele citarse

una célebre reflexión de este pintor: “La obra de arte comienza con un problema y termina con una oración”.

Por eso, finalmente, no faltó en su biblioteca el retrato del Dante. En medio de un paisaje evocador de la “Divina Comedia”, el poeta sostiene en su mano el libro en el que se leen los tercetos iniciales: “A la mitad del camino de nuestra vida me encontré en una selva oscura...” Y para resolver este enigma, escribió uno de los más bellos poemas de todos los tiempos.

Mandrioni conservaba las obras completas del Dante de ediciones BAC, con “La divina comedia” en texto bilingüe. Allí están marcados en rojo los que fueron sus versos predilectos: por cierto el comienzo, y en especial el capítulo XIV y XXXIII del canto del Paraíso. Este poema constituía sin duda para nuestro querido maestro una ofrenda a la creatividad y al amor.

Ahora bien en su último libro titulado “Reflexiones filosóficas sobre el Espíritu Humano” reaparecen nuestras iniciales preguntas: ¿por qué fueron estas pinturas, las que contemplaba con tanto entusiasmo mientras escribía? ¿qué había de común entre su palabra filosófica y la obra artística? Pensamos que en cada uno de los siete puntos en donde desarrolla el tema “Espíritu y creatividad” encontramos al Mandrioni que hemos conocido: aproximarnos juntos al límite donde muy poco podemos decir del otro lado. El “Umbral del espíritu”, herido y lastimado por los acontecimientos históricos; espacio olvidado para la cultura de hoy. Pero también la necesidad de ser curado para que comience a vislumbrarse un porvenir digno del hombre, esa expresión tan querida por Mandrioni “una civilización del amor”.

Mandrioni fue el mismo un creador, por eso más allá del rigor de sus conceptualizaciones mantuvo siempre la movilidad que abre el pensar a la plasticidad de lo desconocido, sin perder en sus escritos filosóficos el aplomo y la estabilidad que desdibuja toda posible ficción.

Tal vez quería dejarnos a modo de testamento lo que amó toda su vida y tenía la convicción que el mundo del arte y su reflexión filosófica iban de la mano y debían ser entregadas, cuidadas, profundizadas en el misterio que sostenía a ambas. Porque la vida está en juego siempre y nos exige que la fortuna no se

dilapide, que la cultura siga ofreciendo al hombre cimientos de verdad que lo alimenten y le den fuerzas para seguir viviendo. Tal como él lo afirmaba, nuestro tiempo es indigente para asumir la tarea de cuidar del espíritu humano, de dar un giro a lo esencial, hacia aquello que solo se ve con los ojos del corazón. Tal vez por eso la obra de arte ayuda a despertar nuestras fuerzas para que la realidad del espíritu vuelva a contarse, narrarse y ocupe el lugar que le corresponde en la palabra humana.

De aquí en más tan sólo haré una breve referencia a lo que Mandrioni en el capítulo citado de su libro, llama una **Fenomenología del acto creador**. Allí el autor abre siete vías al pensar filosófico que son al mismo tiempo siete vías del espíritu y de su potencial creativo.

1.- En un primer punto pone en juego la doble naturaleza del espíritu humano. La creatividad supone una ontología que aclama el juego de un acercamiento entre estrechez y excedencia. Allí reverbera el mundo en el umbral del espíritu. El alma estética de un San Agustín inspiró a Mandrioni para expresar en clave filosófica esta doble ontología: *“el espíritu humano es demasiado estrecho para contenerse a sí mismo”*. Se vislumbra aquí un afuera, pero en el silencio que inunda el dentro del alma humana.

2.- En un segundo punto y siendo fiel al vocabulario fenomenológico, aparece la categoría de “horizonte”. Crear es horadar los límites. Abrir espacios. Y los grandes creadores son los que dicen su palabra en el momento oportuno en que un arco iris desnuda todo limitado horizonte. El mismo Mandrioni se pregunta que hubiera sido de un Dante si la luz no le hubiera entregado su secreto a la palabra, y así rescatado de la mera posibilidad de la noche.

3.- La apertura y el esplendor de la luz pautan un tercer momento en este recorrido. Sin duda el paisaje del espíritu ha sido conmovido: se sabe que puede traspasarse a sí mismo, que el desasimiento de la mirada le hacen posible contemplar el camino enmarcado por los árboles que comunican Cielo y tierra, que una perspectiva de lo infinito manifiesta la energía oculta que une a todos los seres de la creación. Crear es recorrer el sendero que se pierde a lo lejos, pero es al mismo tiempo descender a la raíz del ser donde se esconde la savia que da

sentido a la vida. En el “misterio figural” de la obra de arte –dice Mandrioni- está el misterio del pensador, del poeta, y del místico.

También en medio de sus noches, San Juan de la Cruz vivió en permanente alborada: “Oh llama de amor viva, / que tiernamente hieres / de mi alma en el más profundo centro!”. Sólo es posible cantar así cuando se vive en compañía de las estrellas, que hacen la noche “amable más que la alborada”.

4.- Apertura, luz y presencia son tres notas que retoma Mandrioni en el punto cuarto. Todo se torna presencia totalizada gracias al poder del espíritu de reunir, conservar, patentizar las cosas difusas en el espacio y distendidas en el curso del tiempo. Sin embargo hay la mediación de un algo-otro que entra en diálogo con el espíritu y reúne lo que está disperso. W. Benjamin lo definía como el “aura, la aparición irradiante de una lejanía”. “Sentir el aura de una cosa, es conferirle el poder de hacer levantar los ojos”. Como diría Benjamin: “una belleza surgida del fondo de los tiempos”. Un sentido, una realidad que llama más allá de la imagen. Aún para el hombre de hoy, moderno o postmoderno, le es posible percibir una inquietante extrañeza, una aparición alterante. Presencia-otra que molesta al discurso de especialistas. Y Mandrioni fue como pocos capaz de interpretarla.

5.- Ahora bien la materialidad pictórica inherente a la obra es probable que haya interrogado a nuestro autor para pensar en una reivindicación filosófica de la corporeidad, lo que él llama, en un quinto punto, su presencia dinámica y generadora entendida como ingrediente y soporte vital de las actividades brotadas del espíritu. “Figuras basales de la excelencia creadora” que como naturaleza, madre tierra, sensibilidad viviente del reino animal, entran en la obra de arte y llaman a un proceso de designificación en virtud del cual hace eclosión la dimensión creadora.

6.- En un sexto momento aparece la palabra “belleza”, la difícil aventura que encarna todo artista. En la inmensidad del universo, es la tentativa siempre renovada de perlar el infinito. Un alfabeto de gloria, liberada de tiempos geométricos, imbuída de un vértigo embriagador que transforma toda reflexión en ensueño y en música.

7.- Pero son siete los grados decisivos en esta ascensión y es el tiempo en que la belleza no alcanza para las verdaderas partidas. La espera en silencio vale más que las causas inexplicables. En el estrecho espacio prometido a la creatividad humana, tal vez sea el ojo del místico el único que vela detrás de esta cortina humedecida por las lágrimas de una humanidad que implora.

Recuerdo aquí las palabras de la poetiza Olga Orozco, que compartía también las tertulias en casa de Mandrioni, “al final solo queda la plegaria”. Sin embargo a igual que Kazantzakis al mirar de lejos el Monte Athos, tal vez Mandrioni nos recordaría el breve poema de despedida: “Dije al almendro: Hermano, háblame de Dios. Y el almendro floreció”.